

TRADICION Y ACTUALIDAD EN LA EVOLUCION INTERNACIONAL DEL SOCIALISMO ARABE

Siempre que se analizan desde fuera y desde lejos las estructuras políticas generales de los países modernos, que se han formado dentro de los cuadros de la lengua árabe y la ideología islámica, puede comprobarse que en ellas no predominan las formas, sino los impulsos. Por ejemplo, al estudiar las actividades de los «partidos» y movimientos políticos en el próximo Oriente y el Norte de Africa se comprueba que casi nunca constituyen organizaciones homogéneas, con programas escritos precisos y núcleos de afiliados permanentes. En su formación suelen aparecer como concentraciones, más o menos circunstanciales, alrededor de una o varias personalidades enérgicas; pero en la articulación posterior, las reglas quedan puestas al servicio de unos valores de impulsos emocionales que tienden a la comunidad de acción. Así, en sus actuaciones personales, los dirigentes tienen que ser más «creadores» que «intelectuales». No se trata de confinar a los afiliados y los militantes dentro de unos reglamentos completamente meditados, sino de hacer que los impulsos de cada uno sean apoyo y estímulo para los impulsos de los demás.

Uno de los escritores contemporáneos de expresión neolatina que más hondo ha calado en las trayectorias político-sociales de los árabes y los arabizados de hoy es el francés Jacques Berque. Por sentirse a la vez ajeno a lo arábigo en sus orígenes, pero muy cercano en la observación técnica, el juicio de Berque constituye siempre una aportación documental. Ahora bien, Jacques Berque ha dicho (en el comienzo de su libro *Los árabes de ayer y de mañana*): «Si Oriente es el lugar del Verbo, es también el del hombre que recoge el Verbo y lo multiplica. En ninguna parte el ser social se hace de relaciones más amplias

y más repentinas... El Oriente árabe es un mundo de símbolos, «símbolos que encierran a la vez una ética trascendente y el ímpetu actual de la colectividad... Así su vida, por entero, oscila entre una heráldica y una práctica... Un símbolo en el Oriente árabe es ante todo la proclamación de lo total y lo continuo».

Aplicando la ambivalencia de lo total y lo continuo a la evolución de los Estados nacionales árabes tal como se manifiesta en estos comienzos de 1967, se comprueba que la teoría y la práctica pueden hacer del corriente año una encrucijada histórica esencial para el arabismo y lo que en el arabismo confluye. El punto de partida está en la situación de la Liga de los Estados árabes, que tienen su sede permanente en El Cairo, a orillas del Nilo. La Liga Árabe parece haber agotado sus posibilidades de actuaciones formales; y ha de pasar a convertirlas en una nueva actuación por etapas coordinadas, o tendrá que disolverse (sobre todo después que no dieron resultado los intentos de que perdurasen las Conferencias cumbres de jefes de Estado). Para el 15 de enero se fijó la apertura de las reuniones de la Sesión Plenaria del Consejo de Defensa Interárabe, para tratar de decidir la forma de aplicar una lista de nueve resoluciones que el citado Consejo de Defensa aprobó en una sesión preparatoria anterior del 7 al 10 de diciembre de 1966. La mayor dificultad de la aplicación consiste en que los dos reyes de la zona arábigo-oriental (es decir, Hussein de Jordania y Faysal de Saudía) tienden a someter a los pueblos de sus respectivos países a unos sistemas de fuerza y represión que son contrarios a todas las normas de defensa, adelanto nacionalista y solidaridad de los pueblos árabes que la Liga viene sosteniendo. En todo caso si se produce una rotura del sistema de la Liga por el desvío de los monarcas de su lado oriental, esto identificará las oposiciones internas de Jordania y Arabia, con las formas más radicales del populismo panarabista, formas que tienden a articularse en los sistemas del llamado «socialismo árabe».

Los doce meses del pasado 1966 representaron, precisamente dentro de la cronología interarábica, una etapa de acumulación de las tendencias a hacer del panarabismo una simultaneidad de movimientos de masas y una aceleración del apagamiento de restos de las anteriores oligarquías y conjuntos de «notables». El 12 de enero, el presidente de la R. A. U., Gamal Abdel Nasser, se reunió con el Congreso de las Oficinas Ejecutivas de la Unión Socialista Árabe de Egipto, para coordinar sus atribuciones ejecutivas. El 12 de febrero tuvo lugar en El Cairo la segunda sesión del Directorio Político común de la R. A. U. y el Iraq, con la presencia conjunta de los dos jefes de Estado, Abdel Nasser y Abdel Selam Aref. El 23 de febrero, un golpe de Estado en Damasco

puso en el poder al ala izquierda siria del Socialismo «Baaz» con el nuevo Gobierno de Yussef el Zuayyen. El 25 de febrero hubo en la colonia británica de Aden, al sur de Arabia, una huelga general pro-independencia y bajo la dirección de los sindicatos locales. Desde el 23 al 30 de febrero, el presidente Abdel Nasser recorrió en el Alto Egipto las oficinas regionales de la Unión Socialista, conferenciando personalmente con los responsables. El 12 de marzo se abrió en El Cairo la Conferencia de ministros árabes de Asuntos Exteriores, proclamándose la adhesión a la Carta de Solidaridad Árabe. Y el 22 en Suez, al cumplirse los diez años desde la agresión tripartita de 1956, el presidente Abdel Nasser pronunció un discurso sobre el tema «La Revolución continúa».

En el segundo trimestre, el acontecimiento mayor e inicial fue (el día 13) la muerte en accidente aéreo del presidente Abdel Selam Aref, del Iraq. Al sucederle el 16 su hermano Abdel Rahman Aref, acentuó el carácter populista del régimen. El 23 fue la visita oficial a Abdel Nasser del príncipe Abdullah, de Marruecos, en nombre del rey Hassan II. El 2 de mayo, el presidente Tito, de Yugoslavia, visitó Egipto por la diecisiete vez. El 10 de mayo visitó también oficialmente la R. A. U. el primer ministro soviético, Alexei Kossyguin. El 18 de junio fue en Egipto el décimo aniversario de la evacuación británica. El 26, en Jordania, fueron detenidos muchos elementos de la oposición nacionalista contra el rey Hussein.

El 14 de julio, la aviación de Israel efectuó un ataque macizo contra tropas fronterizas sirias. Dos días más tarde la Liga Árabe declaró su apoyo total a Siria. El 21 fue anunciada en Egipto la creación de las Juventudes Socialistas. El 23 y el 26, respectivamente, el presidente Abdel Nasser pronunció en El Cairo y Alejandría dos discursos en ocasión de la Fiesta de la Revolución. Una de sus principales afirmaciones fue la de que «La solución revolucionaria es la única vía para liberar Palestina». El 16 de septiembre fracasó en Siria un intento de volver al régimen del ala del «Baaz», dirigida por los jefes tradicionales Aflaq y Bitar. El 9 de septiembre formó en Egipto el ingeniero Sidqui Solimán un Gobierno para acelerar el desarrollo técnico-social.

Octubre se inició también en El Cairo con la celebración, desde el 2 al 15, de un Congreso mundial de teólogos islámicos que, procedentes de veintiocho países, se congregaron en la mezquita-universidad de Al Azhar. Uno de los puntos esenciales de sus conclusiones fue el de invitar a los gobiernos y los pueblos islámicos a que «se organicen socialmente según su religión», a la vez que deben evitar «toda infiltración ideológica y moral ajena». Los teólogos musulmanes, congregados en Al Azhar, no sólo procedían de países árabes,

sino de todos los núcleos musulmanes mundiales en el sur de Asia, Asia Central, Europa balcánica, Africa negra, etc.

El 3 de octubre, y por decisión del presidente tunecino, Habib Burguiba, Túnez rompió definitivamente sus relaciones con la R. A. U. y confirmó su separación del sistema de la Liga Árabe. El 15 de octubre, en Beirut, suspendió pagos el poderoso Intra Bank. Esto amenazó sacudir toda la estructura de la nación libanesa (basada sobre capitalizaciones macizas) y obligó a que el Gobierno iniciase una popularización de la economía. El 15 de octubre visitó El Cairo el emperador de Abisinia, Haile Selassie, para estudiar una mayor cooperación con la Liga Árabe. El 20, en Delhi, fueron calurosamente acogidos los presidentes Abdel Nasser, de la R. A. U., y Tito, de Yugoslavia, que celebraron una conferencia neutralista y pacifista con la señora Indira Ghandhi.

El 4 de noviembre fue firmado en El Cairo un acuerdo de defensa conjunta entre la República árabe de Siria y la República Árabe Unida. Quedó decidida la creación de un Mundo Conjunto. El 9 de noviembre visitó Egipto el presidente de la República socialista checoslovaca, Novotny. El 13 del mismo mes se produjo una violenta agresión de fuerzas israelíes contra poblados indefensos de Jordania. En la O. N. U., el Consejo de Seguridad condenó a Israel, por unanimidad. El 26 de noviembre, la guardia personal del rey Hussein disparó contra pacíficos manifestantes, que pedían armas para defenderse de los ataques sionistas. Esto provocó la desesperación de los habitantes musulmanes y cristianos en Jerusalén, Belén, Naplusa, etc. El 20 de noviembre visitó la R. A. U. el presidente de la República de Rumanía, Chivu Stoika. Del 29 de noviembre al 4 de diciembre, el presidente de la República de Argelia, Huari Bumedián, conferenció en El Cairo con el de la R. A. U., Abdel Nasser. El 5 se publicó un comunicado conjunto egipcio-argelino subrayando la identidad de las acciones revolucionarias en los dos países. El 10, el Consejo de Defensa Interárabe publicó nueve resoluciones. El 15 hubo en Túnez violentas manifestaciones estudiantiles en pro de un nuevo enlace con la Liga Árabe y con los movimientos social-revolucionarios árabes. El 16 estallaron en Jordania manifestaciones populares islamo-cristianos contra el rey Hussein. El 23, en Port-Said, un discurso del presidente Abdel Nasser, con motivo del décimo aniversario de la victoria. El 27, el presidente de la Organización de Liberación Palestina, señor Ahmed Chukairi, anunció la formación de un Consejo de la Revolución.

Entre toda esta sucesión de acontecimientos sueltos, pero todos más o menos referentes al acercamiento de las tendencias colectivas del arabismo de formas democráticas, el mayor hecho fue la fecha de los diez años después

de la nacionalización del Canal de Suez. Su conmemoración no sólo quedó destacada en los países árabes, sino en los sectores orientalistas activos de Francia, Italia, Suiza y varios países americanos, así como en los círculos vinculados a las Naciones Unidas. En París, el conocido comentarista Eric Rouleau escribió que la nacionalización del Canal no sólo habría *marqué un tournant* en las relaciones de Egipto con las potencias occidentales, sino que había hecho tomar a los asuntos arábigos *une nouvelle dimension*. En el Próximo Oriente, la prensa local de lengua francesa hizo constar que aquella nacionalización no sólo tuvo efectos interarábigos, sino que constituyó el punto inicial de la emancipación global, de lo que se ha dado en denominar «Tercer Mundo». El sensacionalismo de la nacionalización, la brevísima guerra que siguió y la rápida intervención de la O. N. U. destacaron en 1956 los aspectos políticos más ruidosos de aquel momento; pero su valor no consistió en lo que pasaba tanto como en lo que quedó.

Objetivamente no cabe duda de que Suez fue en 1956 una esquina histórica en la que tomaron nuevos rumbos los destinos del conjunto de los países entonces colonizados. Los mismos egipcios no pensaban llegar a tanto, pues se concentraban en defender su país y volver a sentirse unidos. Así Abdel Nasser dijo tiempo más tarde: «La agresión tripartita fue una experiencia en la cual el pueblo egipcio se descubrió a sí mismo y descubrió su capacidad creadora.» Pero dentro del Próximo Oriente, donde entre las dos guerras mundiales y después la política había sido generalmente dirigida por «notables» y caciques feudales, o por círculos intelectuales de recursos limitados, la acción de masas que se inició con la defensa heroica y espontánea de los habitantes de Port-Said señaló la primera vez que un pueblo de aquel Oriente se convertía en protagonista de su propio destino.

En las restantes naciones del arabismo, el despertar del pueblo egipcio fue interpretado en el sentido de lograr que las riquezas de su suelo le perteneciesen y estuviesen a su servicio, tanto al recuperar el paso naval de Port-Said y Suez como al lograr que con la Alta Presa de Assuán el uso total de las aguas del Nilo revierta sus beneficios completos sobre todo el país. Además, el desenlace de la llamada «crisis de Suez» fue lo que más contribuyó a acelerar las posteriores independencias de Túnez y Argelia, o los cambios republicanos internos en el Iraq, Siria, Yemen, etc.

Fuera del arabismo, en el resto del Tercer Mundo la nacionalización del Canal fue interpretada como ejemplo de lo que pueden llegar a conseguir los países que quieren librarse de ocupaciones territoriales y presiones econó-

micas extrañas. Así una gran parte de la aceleración del proceso de las independencias en Africa tropical se debió al impacto del ejemplo egipcio, con la baja de los prestigios francés e inglés que provocó en los países negros. Desde la independencia de Ghana, en marzo de 1957, aquel ejemplo egipcio no fue nunca ajeno al surgir de los nuevos Estados tropicales africanos.

Al margen de las circunstancias geográficas que, desde la expedición a Egipto de Napoleón Bonaparte (y con la apertura del Canal de Suez, por acuerdo del Jedive Ismail y Napoleón III) pusieron en Egipto el mayor punto de confluencia de la atención de las grandes potencias sobre el mundo árabe, perdura una constante local. La de que en Egipto está a la vez la nación más antigua de la tierra y el país más densamente aprovechado del Próximo Oriente actual. Junto al Nilo, lo arcaico y lo reciente forman un conjunto apretado. Hoy Egipto destaca respecto al arabismo, el Oriente vecino, el continente africano y el conjunto de los países del Islam, porque tiene a la vez una minuciosa agricultura, la más empeñada aceleración industrial y un inmenso pasado. Fue Egipto la puerta por donde llegó al Asia mediterránea la revolución industrial europea del siglo XIX, y hoy es también el sitio donde el Islam de siempre trata de reafirmarse con mayor empeño de renovación.

Esto mismo explica que los primeros ensayos de divulgación y arraigo de las ideas ochocentistas respecto a normas políticas, sociales y económicas de tipo socialista internacional, llegasen ante todo a Egipto. Allí el primer nombre fue el de Salamah Musa, nacido el año 1887 en una familia aldeana de origen copto, es decir, cristiano, descendiente racial del pueblo de los remotos faraones. Graduado en 1907 en una escuela gubernamental egipcia, con profesores ingleses, Salamah Musa se formó a la vez en lo más arcaico local y lo entonces más extranjero. Posteriormente experimentó la influencia del pensador musulmán Ahmad Lutfi Sayyid, que pedía «un Egipto para los egipcios, no para los otomanos». Ahmad Lufti Sayyid negaba la posibilidad de que volviese a ser efectiva la pasada soberanía teórica del Imperio y el Jalifato turcos a la vez que afirmaba la soberanía popular de los hijos del Nilo.

Salamah Musa estuvo en París y luego en Londres, desde 1908 hasta 1914. Allí se formó un compuesto mental, reuniendo a Darwin para las ciencias naturales, Freud para la psicología, Marx para la política y Nietzsche «para el carácter», aunque la influencia predominante fue la de Bernard Shaw. Así Salamah Musa se hizo en Londres miembro muy activo de la Sociedad Fabiana. En 1913 publicó su librito *Socialismo*, que fue el primero hecho sobre este tema en lengua árabe. En 1920, Musa fue uno de los tres fundadores del pri-

mer Partido Socialista de Egipto, que había de tener un carácter entre filantrópico y laborista, pero que no pudo arraigar porque fue oficialmente reprimido. Entre 1923 y 1947, Salamah Musa escribió en revistas y magazines. En 1930 fundó una sociedad para propagar el uso de productos egipcios y el boicot a los productos colonizadores extranjeros. En 1947 fue detenido, acusado de querer derribar la Monarquía de Egipto. Fue el primero que pidió la nacionalización del Canal de Suez. En 1952 se adhirió con entusiasmo a la revolución de Abdel Nasser, y así hasta que murió en 1959. Parte de sus sugerencias influyó sobre algunos puntos de detalle del actual socialismo oficial de la R. A. U., pero en general éste ha seguido rumbos más completos. El nombre de Salamah Musa ha quedado como el de un precursor aislado. Pero Salamah Musa no tuvo contacto con las masas, y, además, fue un fallo el que careciese de espíritu combativo ante la penetración de unas grandes potencias que él admiraba tanto como imitaba.

Las masas, la originalidad, el combativismo, el enlace con el pasado y el impacto violento sobre el futuro aparecieron en Argelia desde 1920. Mejor dicho, fue entre la mano de obra de los obreros musulmanes argelinos que trabajaban en Francia, siendo Argelia entonces, teóricamente, «un grupo de departamentos franceses» (aunque de hecho estuviese gobernada con la rígida dureza de una colonia de explotación), los obreros argelinos que iban a París y las otras zonas fabriles del Norte estaban sometidos a la legislación laboral metropolitana, y para protegerse tuvieron que irse afiliando a la S. F. I. O. (Sección Francesa de la Internacional Obrera), pero sin que los argelinos entrasen en sus órganos directivos. Cuando en 1920 se produjo la escisión de la S. F. I. O., que dio origen al Partido Comunista francés, gran parte de los argelinos se pasaron a él, creyendo que por ser más revolucionario les prestaría mayor atención. Pero luego vieron que eso no sería como coloniales oprimidos, sino como «apéndice», a lo francés. Entonces surgió un movimiento argelino exclusivo y aparte.

En marzo del mismo 1920, un obrero de Tlemcen, el Hagg Messali Tilimساني, fundó la Sociedad «Etoile Nordafricaine», para defender los intereses de la vida y el trabajo de los argelinos en Francia continental y en su tierra nativa. Messali Hagg figuraba como secretario general. En teoría la «Estrella» debía reunir a los obreros emigrados de Argelia, Marruecos y Túnez, pero de hecho sólo los argelinos abundaban en París. En 1927, Messali publicó un plan de reivindicaciones, pidiendo la independencia y que Argelia fuese gobernada «por todo su pueblo» mediante el sufragio universal. En 1927, la «Estrella

norteafricana» fue prohibida, pero se rehizo sucesivamente bajo el mismo nombre en años posteriores.

Durante los primeros años, la «Etoile» y sus sucesoras idénticas copiaron en la organización externa muchos detalles del comunismo soviético, tales como un praesidium ejecutivo, una multiplicidad de células, formaciones de militantes y de compañeros de ruta, etc. Sin embargo, en lo ideológico procuraron centrarse todo lo posible sobre los usos tradicionales del argelinismo rural, inspirándose en sus yemaas, sus concejos abiertos y las federaciones de grupos de cabileños de producción. No se hablaba nunca de religión, y de hecho los fundadores de la «Etoile» actuaban de un modo laico. Pero en ellos brotaba espontánea la tendencia a heredar el fondo nivelador del primitivo Islam, que en Africa del Norte había producido sus formas austeras. Argelinos fueron los adustos republicanos jareyíes de los siglos VIII al X. Entre argelinos y montañeses marroquíes, los fundadores del Estado puritano de los almohades. Todos ellos se basaron en subrayar los aspectos igualitarios del Islam; y la *aversión hacia el capitalismo, que aparece en el texto del Corán, con versículos como aquel, que dice: «A quienes atesoran el oro y la plata... anúnciales un suplicio doloroso.»*

El argelinismo social de los trabajadores temporalmente desplazados tenía la ventaja de que por sus retornos instintivos a lo islámico más puro podía irradiar sobre los demás países árabes de islamismo predominante, mucho más que el sistema de Salamah Musa, que era un delectante escéptico. Pero Argelia estaba entonces casi totalmente apartada del núcleo más extenso de países de lengua árabe en el Próximo Oriente. Además, la acción de Messali y los suyos se desarrollaba circunstancialmente como acción de una minoría étnica-religiosa diferente incrustada en lo francés.

Al lado de lo argelino surgió en Túnez un movimiento más pausado y más lento, aunque con mayor cohesión, y una organización más adaptada a las posibilidades de acción de los obreros de aquel país, puesto entonces bajo un protectorado de «asociación forzosa». Fue la Confederación General del Trabajo Tunecino, impulsada por cierto Mohammed Ali, que había estudiado Economía política en Alemania. La Confederación fue fundada el 12 de octubre de 1924, después de una asamblea de sindicatos regionales celebrada en Bizerta. Aunque anterior al movimiento argelino, y más continua en su duración, la organización tunecina resultó más combativa. Pero después de la independencia, en 1957, pasó a fundirse en el Partido nacionalista gubernamental del Nei-Destur. Durante su época más floreciente (poco después de la

Segunda Guerra Mundial), la organización obrera de Túnez funcionó un poco al modo de las Trade Unions anglosajonas.

Los intentos sueltos de Egipto, Argelia y Tunicia, además de ciertos esbozos apuntados en los incipientes sectores de la mano de obra industrial del Iraq y el Sudán, necesitaban un punto de fijación. Este llegó a ser Siria, pero sólo después de que la Segunda Guerra Mundial cambió las condiciones internacionales generales.

Para comprender a Siria es necesario tener en cuenta que durante los últimos tiempos del Imperio turco de Estambul, en Damasco se formó un centro vivo de resistencia, a la vez política e intelectual, pidiendo que la cabecera del Islam volviese a ser cosa de los árabes, que en la Edad Media crearon los Jalifatos de Damasco, Bagdad, el chiita del Cairo y el pequeño, pero brillante, de Córdoba. Después, la reivindicación de las glorias espirituales del islamismo religioso se unió en Damasco, y las comarcas vecinas con la exaltación del arabismo racial-cultural (a lo cual se asociaron con entusiasmo gran parte de los cristianos locales). Entre 1905 y 1915, aproximadamente, Damasco se mantuvo en continua protesta contra los sultanes otomanos, y en Damasco parecían resumirse las esencias de todos los territorios de mentalidad árabe. Así la caída de Estambul, como cabecera del Oriente mediterráneo debió haber significado una nueva hegemonía sentimental damascena.

Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, las potencias aliadas vencedoras no dejaron que el Imperio turco fuese sucedido en el Levante por un Imperio árabe o por una nueva entidad republicano-federal árabe. Hubo unas zonas de ocupación inglesa, con la acción reforzada sobre Egipto y los mandatos del Iraq, Palestina y Transjordania. Damasco quedó dentro de un sistema francés de ocupación y mandato, con un territorio que los gobernantes de París dividieron y subdividieron varias veces, hasta dejarlo partido en dos trozos de las reducidas Repúblicas siria y libanesa. Pero Damasco seguía siendo famosa, como «la proa imaginativa» del Oriente arábigo, y su centro urbano más nervioso. Así cuando poco después de haber estallado la Segunda Guerra Mundial el mandato francés comenzó a aflojarse, Damasco fue el sitio donde se elaboró la primera fórmula general de un nuevo panarabismo social y socialista.

Desde que en julio de 1920 las tropas francesas entraron en Damasco hasta que salieron definitivamente en junio de 1945, el doble territorio sirio y libanés fue el punto de confluencia de todos los extranjerismos. El mandato francés resultó una puerta abierta, por donde se volcaron sobre el Próximo Oriente

todas las ideas y todos los usos europeos de aquellos años. En Damasco y Beirut, las autoridades mandatarias quisieron ensayar varias clases de fórmulas conservadoras, liberales, radicales y teocráticas-cristianas por medio de varios gobiernecillos satélites. Contra ellos los nacionalistas locales se agrupaban en movimientos llenos de retórica, como los del «Bloque nacional» de Damasco y Alepo. Al mismo tiempo, los primeros partidos comunistas de impulso ruso fueron los fundados en Siria hacia 1933 y 1934, partidos dirigidos por grupos de especialistas locales entrenados en Moscú. El comunismo arraigó sobre todo entre minoritarios no árabes, tales como kurdos, armenios, caldeos, judíos, etc. La principal figura fue el jefe del grupo comunista de Damasco, es decir, el kurdo Jaled Bagdach. Después se vio cómo desde Beirut se articulaba un Partido fascista, que fue el P. P. S. (Partido del Pueblo Sirio), dirigido por el cristiano libanés Antón Saadeh.

Cuando en Siria apenas acababan de liquidarse las secuelas de la ocupación francesa, y antes de que el país hubiese creado varios elementos de soberanía tan importantes como unas fuerzas armadas, la breve guerra de varios países árabes contra los judíos de Palestina originó una tremenda sacudida. Los primeros gobernantes damasquinos que trataban de organizar la independencia eran los del «bloque», y ellos fueron culpados de imprevisión por el triste resultado del episodio bélico palestín. Todo terminó el 30 de marzo de 1949, cuando el coronel sirio Husni Zaim, jefe de la gendarmería, dio un golpe de Estado y se apoderó del poder, apoyado por los jefes y oficiales que habían luchado contra Israel. Así Siria abrió la serie de los regímenes militarizados, que después iría repercutiendo en Egipto, el Iraq, el Sudán y en algún momento incluso en el Líbano (aunque allí muy atenuado). Pero Siria representó el factor más dramático, incluso porque se sucedieron de prisa tres dictadores castrenses: los de Husni Zaim, Sami Hennaui y Adib Chichalli, hasta febrero de 1954.

En medio de aquel ambiente revuelto y acelerado, apareció el primer socialismo árabe coherente y original. En realidad ya había sido formulado teóricamente desde 1940, pero su articulación definitiva en forma de partido político fue desde 1949. Lo inventó y propagó, y en cierto modo casi acaudilló Michel Aflaq, sobre todo hasta 1958. Michel Aflaq había comenzado por ser profesor de historia y sociología. Luego elaboró un sistema político propio, sobre el cual ha dicho en algunas revistas técnicas francesas que «Aflaq refait en politique, l'itinéraire parcouru par Descartes en philosophie». Aflaq comenzó por descartar enérgicamente todos los sistemas políticos: el fascismo, el comunismo,

la socialdemocracia de tipo escandinavo o anglosajón, el capitalismo, el parlamentarismo liberal, etc. Luego trató de reedificar totalmente el pensamiento árabe, sacándolo de sus propias raíces locales y expresándolo «con toda su profundidad, su intimidad y su densidad». El nombre del movimiento lanzado por Michel Aflaq era «Baaz», que significa «Resurrección». Su programa era llamar a todas las comunidades étnicas y los grupos religiosos existentes en los países de expresión árabe a fundirse en una sola nación progresista de estructura más o menos federal.

El «Baaz» inicial de Aflaq surgió y creció al margen de los golpes militares, pero considerándose en cierto modo complementario de ellos. En tiempo del coronel Chichakli (que por cierto no era árabe, sino kurdo) el «Baaz» pudo parecer un útil instrumento civil de la dictadura militar, puesto que invocaba el deseo de hacer de Damasco otra vez la cabecera del arabismo (como pasó en el primer gran califato). Entonces también actuaba del mismo modo el Partido Socialista Árabe de Siria, fundado y presidido por Akram Haurani, con una línea general inspirada en los partidos socialista de la antigua Segunda Internacional. En el verano de 1954, este socialismo de Haurani se fundió con el partido de Aflaq, creando el nuevo «Baaz» unificado, entonces dirigido por un triunvirato que formaban Aflaq, Haurani y Salah Bitar, que era el secretario general. El «Baaz» unificado no llegó a gobernar nunca antes de la unión de Siria con Egipto, en febrero de 1958, pero dominó toda la política interna damasquina desde septiembre de 1954. En 1957, el «Baaz», que había tenido relaciones de convivencia con el comunismo, rompió ruidosamente con él y actuó como primer impulsor de la unión egipcio-siria. Al hacerse la República Árabe Unida, Akram Haurani fue uno de sus dos vicepresidentes.

Sin embargo, los primeros efectos de la unión con Egipto resultaron catastróficos para el baazismo, que pareció haberse gastado. En el parlamento salido de las elecciones bi-regionales de 1959, sólo tuvo escasa representación. Entonces pareció lógico tal eclipse, puesto que siendo Egipto el mayor país de los dos que se habían fusionado, su base popular era más fuerte y demográficamente más numerosa. Pero después de que en 1961 Egipto y Siria volvieron a separarse, el «Baaz» no sólo recuperó su anterior influencia preponderante, sino que llegó a acaparar todo el poder en Damasco, irradiando, además, sobre el Iraq, Jordania e incluso algunos sectores del Norte de Africa. En realidad las revoluciones egipcia y siria habían tenido puntos de partida opuestos y se habían desarrollado en sectores geopolíticos diversos. Por ejemplo, en el país del Nilo el golpe de los «oficiales libres», que en julio de 1952 provocó la

caída del rey Faruq y de su dinastía, fue la culminación de varios intentos nacionalistas fallidos anteriores, como el de Orabi antes de 1882 y el de Saad Zaghlul en 1918-1922. Así el triunfo de Abdel Nasser y sus compañeros vio realizarse algo muy deseado, que por eso completó una empeñada evolución. En cambio el supernacionalismo socializante de Michel Aflaq (con sus direcciones siríaca y panarábiga) fue fruto de una invención cerebral, y ha ido evolucionando con una sucesión de cambios bruscos e incluso contradictorios.

El año 1952 fue el de la revolución de julio, que no transformó de golpe las formas de la vida egipcia, sino que dio un primer paso provisional. En 1953 fue proclamada la República (el 18 de junio), pero también se dieron las leyes fundamentales de la reforma agraria y se inició el cooperativismo. En 1954 se llegó al acuerdo para la evacuación de las tropas inglesas que estaban en Egipto desde septiembre de 1882. En 1955 se elaboró y proclamó el neutralismo positivo para la política internacional. El 1956 fue el año de la nacionalización del Canal de Suez. En 1957 se creó el Consejo Superior de Planificación, y se nacionalizaron varios bancos extranjeros que restringían la economía egipcia. En 1958, Egipto se unió con Siria, y cambió su nombre oficial por el de República Árabe Unida. En 1959 se firmó el acuerdo con Sudán, poniendo fin a los problemas pendientes entre las dos naciones del mismo río. El 9 de enero de 1960 comenzaron los trabajos de la Alta Presa de Assuan. El año 1961 fue el de creación del socialismo en varias formas combinadas. Por una parte, el «Socialismo Islámico» fue explicado por el Gran Chej del Azhar. Por otra parte, las leyes promulgadas el 23 de julio crearon el sector público y dieron participación a los obreros. En mayo de 1962 fue promulgada la Carta Nacional. Entre el fin de 1962 y 1963 se puso en marcha la Unión Socialista Árabe. El 1964 fue el año inicial de las conferencias cumbres de los jefes de Estado árabes, por iniciativa del presidente Nasser. En 1965, Abdel Nasser fue confirmado para un nuevo plazo presidencial, por referéndum nacional. Y en 1966 fue puesta en marcha la segunda etapa de la reconstrucción total económico-social.

Se ve, por tanto, que en la estructuración de la actual R. A. U. el socialismo es sólo una pieza, desde luego fundamental, pero estrechamente engranada con toda la labor de mejora del pueblo y el suelo en conjunto. En Egipto su socialismo no actúa como una ideología fijada *a priori*, sino que constituye sólo uno de los instrumentos modernos para continuar una transformación muy antigua.

Lo mismo ocurre con el carácter del régimen, que no es precisamente

militar, aunque haya sido instaurado por militares. Gamal Abdel Nasser lo ha explicado del modo siguiente: «Las fuerzas armadas que actuaron el 23 de julio no han hecho la Revolución. Las fuerzas armadas representaban las vanguardias revolucionarias que precedían al pueblo hacia la restitución de su voluntad... No sólo para una independencia política entera, ilimitada e incondicional, sino para la independencia económica, sin la cual la política es sólo una manifestación vacía...» En cuanto al papel de quienes realizan la obra social egipcia, Abdel Nasser ha dicho: «Nunca hemos concebido al hombre como instrumento en una sociedad, exento de pensamiento y de derecho a los valores espirituales... Así hemos establecido una base económica potente en los dominios agrícolas e industrial, sin omitir jamás el factor ideológico y cultural que guarda al hombre su carácter humano.»

Esto no quiere decir que en la R. A. U. no haya sombra junto a la luz y fallos junto a los aciertos. Así, por ejemplo, la pequeña burocracia tiende a la lentitud; y en el aire o en el clima existen factores de inercia que originan lo que se ha llamado «pesantez de la historia egipcia». Pero la misma desgana que nace del sol y del polvo existía ya cuando los faraones levantaron las pirámides, cuando se alzaron las trescientas mezquitas medievales, cuando la mano de obra egipcia excavó el Canal de Suez o cuando ahora alza enormes presas de regadío. Hay, desde luego, ayuda técnica y maquinaria soviética, pero también una transposición de lo ancestral, por lo cual las dimensiones de la nueva presa de Assuán se comparan con las de la pirámide de Keops.

Volviendo al socialismo egipcio, se ve que su carácter instrumental nacional hace de él una pieza de los cimientos del Estado y queda engranado con el total de las posibilidades del país. Su primer fundamento legal está en la Carta Nacional, que fue presentada el 21 de mayo de 1962 y aprobada el 30 de junio del mismo año. Era un «Corpus» extractado de las trayectorias y objetivos de la revolución. Sus diez capítulos trataban sucesivamente de las líneas generales en la historia de la emancipación del pueblo egipcio, la necesidad de la revolución, las raíces de la trayectoria de la lucha egipcia desde el siglo XIX, la regresión que siguió a la independencia de 1922, los problemas de la fallida democracia, la necesidad de una solución socialista, los problemas de la producción, la aplicación del socialismo, la unidad árabe y las relaciones exteriores.

El principal efecto de la Carta Nacional fue el establecimiento de la Unión Socialista Árabe desde el 7 de diciembre del mismo año 1962. Como primer organismo fundamental de la estructura política del Estado y la nación, surgió

entonces (y sigue funcionando en 1967) el Comité Superior de la Unión Socialista Árabe, que celebra sus sesiones con asistencia del presidente de la República¹. En cuanto a la idea principal del sentido de las liberaciones, se trata de procurar que todos los egipcios se consideren como «hijos del pueblo y trabajadores», cualquiera que sea su profesión. «Los trabajadores no constituyen una clase especial separada, y en ellos figuran desde el ministro de Industria hasta el más modesto obrero.» En líneas generales, Egipto ha conservado las estructuras tradicionales de la población, aunque poniéndolas al servicio de un ideal colectivo.

Los observadores de Europa Occidental que se ocupan del socialismo de la R. A. U. tienden a definirlo como un capitalismo de Estado que ha reemplazado al antiguo capitalismo conservador de los «bachas» y «beys» terratenientes, o los burgueses liberales del Wafd. En cambio desde Europa Oriental, el régimen árabe unido da la sensación de un comunismo sin ese nombre, algo así como la Yugoslavia de Tito, aunque en Yugoslavia el nombre está antes que los procedimientos. Una y otra impresión están sacadas de la intensidad con que en la R. A. U. se ha procedido a las nacionalizaciones de las grandes empresas y al predominio del llamado «sector público», en el cual han quedado integrados los bancos, los seguros, los transportes, las industrias extractoras y pesadas, el comercio exterior, etc. Hay, desde luego, un posible exceso de cuadros administrativos, pero éstos no proceden de un deliberado estatismo tanto como de la urgencia de las presiones demográficas. Dentro de sólo 36.000 kilómetros cuadrados de suelo efectivamente cultivable se acumulan más de 30 millones de habitantes, y eso obliga a que los gobernantes aprieten los controles de la producción y el consumo para que el exceso de pobladores no frene la marcha de las planificaciones.

La prudencia, el pragmatismo y la preocupación económica fundamental del socialismo oficial egipcio son factores que influyen para que en otros países árabes de regímenes no populares, los grupos de las oposiciones políticas, deseen ver establecerse regímenes semejantes al del Cairo. Esto fue lo que hizo a los republicanos del Yemen pedir la ayuda egipcia en 1962, lo que impulsa los deseos del pueblo palestín en su dispersión, lo que se apunta en los grupos más impacientes de Arabia y de Libia. Junto a estas irradiaciones, del que los

¹ Para el detalle sobre los estatutos y el funcionamiento de la Unión Socialista, véase la nota sobre el socialismo árabe en los cambios del Próximo Oriente en esta revista de POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. marzo-abril de 1963, pp. 77 a 90.

Europeos occidentales llaman «nasserismos», las influencias del baazismo resultan en 1967 más limitadas (aunque una vez estuvo a punto de dominar también en Bagdad). Aparte del baazismo, el comunismo de estilo ruso tiene, en los sectores árabes del Próximo Oriente, varias posibilidades siempre latentes. Pero el baazismo queda flotando en la impresión, pues no se apoya en lo materialista ni en lo religioso tanto como en valores históricos abstractos.

Además, después del nuevo golpe dado el 23 de febrero de 1966 por el general Salah Yedid (golpe por el cual fueron encarcelados Michel Aflaq, Salah Bitar y sus colaboradores), todo el poder pasó a manos de un ala baazista más dura, con un Gobierno de coalición, en el cual figuraban ministros comunistas. Así el baazismo tiende a disolverse en una pluralidad.

De todos modos los actuales gobernantes damasquinos han continuado (intensificándolas hasta la exageración) las medidas de nacionalizaciones a todo trance, hasta llegar a la casi supresión de toda propiedad privada en las industrias y el comercio, donde el sector nacionalizado controla el 90 por 100 de la riqueza. En esto Siria se diferencia totalmente de la R. A. U., donde el sector público, el sector privado y otro mixto (que es el privado sometido a control oficial) se coordinan equilibradamente. Mucha mayor diferencia existe entre el socialismo árabe de Siria y el implantado por la revolución argelina, basado en gran parte sobre la co-gestión «de las agrupaciones de usuarios».

Argelia, después de la independencia proclamada en julio de 1962, puso en práctica un sistema de recuperación de urgencia, que se adoptó a las posibilidades del momento. Pero parece muy posible que sobre la estructuración del poder, de la propiedad y de las administraciones locales haya obrado la tradición instintiva del medio rural de los países berberiscos, en los cuales siempre florecieron las instituciones espontáneas de las «yemaas» o consejos de poblados, de fracciones, de cábilas, de barrios, de grupos comunales, etc. Así la co-gestión, o mejor «autogestión», ha quedado no sólo como rasgo típico del socialismo argelino, sino como motivo central en la post-revolución (al menos hasta 1966, inclusive).

La autosugestión surgió espontáneamente como algo indispensable y hasta inevitable a causa del vacío que se produjo bruscamente en la economía cuando huyeron en masas atropelladas varios cientos de miles de franceses y neofranceses (entre ellos los «pieds noirs»), fincas urbanas, talleres y pequeñas fábricas, sectores de transportes y almacenes fueron dejados por los «colonos» que representaban la técnica y una propiedad en gran parte plutocrática. Los argelinos, que en su mayor parte habían sido sujetos en un papel de simple

mano de obra, se quedaron solos para continuar la utilización de riquezas, para la cual debían de actuar con esfuerzos coordinados. Esta necesidad fue, sobre todo, sensible en el campo agrícola, donde hubo que asegurar la urgente vuelta a la producción de unos tres millones de hectáreas de plantaciones. Los obreros asalariados que trabajaban en las fincas pasaron a ser sus propietarios, y las explotan, sea en pequeños sectores de propiedad colectiva o en acumulaciones de pequeñas propiedades privadas en formas cooperativas.

Al lado de estos sectores de autogestión surge y se desarrolla un nuevo sector público, que se va articulando según unas normas en gran parte marxistas (aunque filtradas por el Islam), sobre todo en los sectores de las minas, los puertos, el comercio exterior, la industria metalúrgica, la construcción, etc. Así es probable que el sector de las autogestiones por grupos vaya en el futuro perdiendo terreno ante el de la nacionalización estatal. Pero por lo pronto, hasta en los órganos del Gobierno central, el partido único del F. L. N., los sindicatos y los organismos provinciales, hay una colegialidad establecida para que las decisiones se tomen en «comités de discusiones abiertas».

Queda, por último, entre los países árabes netamente socialistas el caso del Iraq (dejando a un lado a Túncz o Tunicia, pues aunque desde octubre de 1964 el partido desturiano oficial pasó a llamarse «Partido Socialista Tune-cino Constitucional», sigue puesto bajo el albedrío personal del jefe del Estado, Habib Burguiba). En el Iraq, el período de las influencias inglesas, que duró hasta 1958, tuvo muchos y continuos intentos fallidos de grupos revolucionarios, que eran socialistas, comunistas, anarquistas, comunistas raciales, nacionalistas, panislamistas, etc. La revolución de julio de 1958, que provocó luego la dictadura del general Qassem, dejó riendo suelta a todos los partidos, entre los cuales florecieron dos partidos comunistas (uno de ellos semi-troskista) y uno social-demócrata, unas veces tolerados y otras reprimidos por Qassem. Pero la ejecución de Qassem y la caída de su régimen, en febrero de 1963, fueron obra combinada de un grupo nacionalista árabe de jefes militares y otro grupo bazzista de civiles, dependiente de los de Damasco. Los comunistas y social-demócratas locales fueron sangrientamente perseguidos, y hubo luego un momento en que los bazzistas se apoderaron del Gobierno, pero no de la cabecera del Estado. Hasta que fueron derribados por el presidente de la República, general Abdel Selam Aref, que contaba con el apoyo del ejército.

Ahora el otro general Aref (Abdel Rahman) ha encargado y reajustado la estructura general de su país siguiendo líneas lo más parecidas posibles a las de Egipto. Es muy importante el hecho de que desde el 16 de octubre de 1964

existe y funciona un Directorio Político Unificado entre la República Árabe Unida y la República Iraquiana. También desde entonces los dos países tienen la misma bandera y casi el mismo escudo. El Directorio Político Unificado ha celebrado cuatro reuniones conjuntas, desde la de mayo de 1965, en El Cairo, hasta la de diciembre de 1966, en Bagdad. El Directorio se considera como la más alta autoridad en ambos Estados, y tiene por objetivo coordinar sus políticas, sus legislaciones y sus instituciones hasta ir llegando poco a poco a una identidad. El Directorio controla y revisa la política exterior de ambos países, la defensa y las fuerzas armadas, al mismo tiempo que establece las planificaciones económicas y culturales, y trata de coordinar las experiencias de la Unión Socialista Árabe de Egipto con las la Unión Socialista del Iraq, que se está articulando a semejanza de la otra. Las sesiones del Directorio son, conjuntamente, presididas por los jefes de Estado de las dos Repúblicas.

Es muy curiosa y significativa la circunstancia de que en los cuatro países, donde el poder se ejerce en nombre de varias formas de socialismo árabe, ese poder sea sobre todo contratado por estamentos militares. Esta es la mayor diferencia visible que se advierte entre su socialismos y los de orientaciones internacionales, sean laboristas, socialdemócratas a lo yugoslavo o comunistas a lo soviético. Luego, dentro de lo arábigo común, se advierten ciertas diferencias en el papel de las fuerzas armadas, pues si en Egipto el ejército es la expresión más visible de ciertas capas populares, en Siria está puesto al servicio de un movimiento ideológico, en el Iraq pone a su servicio a los demás grupos y en Argelia desempeña un papel de control sobre diversos coincidentes. En cuanto al Yemen republicano del general Sallal, es por ahora sobre todo un anexo externo de Egipto.

Respecto a todos ellos se ha apuntado la posible explicación de que al tener que impulsar las creaciones de varias naciones nuevas en un sentido contrario al de las anteriores colonizaciones extranjeras, pero con medios de acción iguales a los de los ex colonizadores, el único instrumento entrenado era el de las fuerzas armadas, a la vez modernas, nacionalistas, populares y disciplinadas.

Porque lo más importante al analizar el arabismo de masas o de vanguardia, que se designa como «progresista», es no confundir dentro de él lo substantivo con lo adjetivo. Lo substantivo viene a ser el propósito final, y lo adjetivo es el procedimiento para conseguirlo. El primero quiere restablecer la tradición de la pujanza y la cultura medievales de expresión árabe. El segundo trata de que el triunfo de los pueblos arábigos quede plenamente insertado en la actualidad por medio de su socialismo. En todo caso los socialismos de la R. A. U., Argelia,

RODOLFO GIL BENUMEYA

Siria, Iraq, el Yemen y los que puedan añadirse, son eminentemente prácticos; y no tratan de que la realidad se meta en cuadros estrechos, sino de que los cuadros se vayan ensanchando con las nuevas aportaciones de los pueblos.

El año entrante de 1967 les parece a todos los «progresistas» árabes, especialmente prometedor, para hacer avanzar a la vez el «signo» de su nostalgia religiosa y el «hecho» de sus necesidades de un rápido adelanto material a la medida de los apremios crecientes de la democracia, la economía y el espiritua-
lismo colectivo.

RODOLFO GIL BENUMEYA.